

TOMO I.
CUADERNO 7.º

1 FEBRERO.

AÑO I.
NÚMERO 7.

REVISTA DE VIZCAYA.

SUMARIO.

LA TORRE DE ZUBIALDEA, por **D. Antonio de Trueba**, Cronista del Señorío de Vizcaya, c. de la R. Academia de la Historia.

RECUERDOS DE ROMA, por **D. Fidel de Sagarminaga**, de la R. Academia de la Historia.

CUATRO CARTAS.—*Apuntes para una novela*, por **D. Jacobo de San Martín**.

ROMANCERO ALABÉS, de **D. Ricardo Becerro de Bengoa**, por **D. Vicente de Arana**.

UNA RECTIFICACIÓN Á OTRA RECTIFICACIÓN, por **D. Juan E. Delmas**, correspondiente de la Academia de la Historia.

(DERECHOS RESERVADOS.)

BILBAO
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Maria Muñoz, 8, principal.

1886.

ALMACEN DE MÚSICA,

Pianos, Armoniums, Organos, y demás Instrumentos de Orquesta y Banda.

DE

L. E. DOTÉSIO.

8, Calle de D.^a María Muñoz, 8, frente á la Audiencia,

BILBAO.

Sección de música, se encuentra en almacén un buen surtido de todas las principales obras á precios reducidos para piano á dos y á cuatro manos, para piano y canto para piano y varios instrumentos, para violín, flauta, guitarra, bandurria y demás instrumentos, así como para grande y pequeña orquesta, para pequeña banda y banda militar.

Especialidad en música de ediciones baratas como las de Peters, de Litloff, de Cicordi, de Boosey, de Metzler, de Chappell, etc., etc. Se trae de encargo á la mayor brevedad cualquiera obra no existente en almacén, no solamente sin aumento de precio pero con notable rebaja. Las cartas pedidos se cierran todos los días á la una de la tarde para Madrid y Barcelona, y á las ocho de la noche para Francia, Italia, Alemania, Suiza, Bélgica, Inglaterra, San Sebastián y Pamplona, con todos cuyos editores está esta casa en relaciones directas, alcanzando así grandes ventajas en los precios y la mayor prontitud posible para el servicio de los encargos.

Sección de Pianos y Armoniums en este establecimiento se halla el mayor y más variado surtido existente en Bilbao. Pianos de Erard, de Pleyel, de Gaveau, de Bord, de Lary, de Roenisch, de Kaps, de Rosenkranz y de L. Piazza de Sevilla, fabricante de pianos de los Sres. Duques de Montpensier. Pianos de todas clases desde los más baratos hasta los más caros. Pianos de gran Cola y de media Cola. Pianos mecánicos de Manubrio. Armoniums de Alexandre pére et fils, de Estey y C.^a etc. Todos los Pianos y Armoniums se venden al contado en los precios más bajos conocidos, y á plazos con el recargo del seis por ciento de intereses por cada año que ha de durar el pago, quedando el piano en clase de depósito hasta su completo pago. Unica casa en Bilbao que vende verdaderamente á plazos convenientes para la comodidad de cada comprador y á su elección.

Sección de Organos para Iglesias, esta casa como en todos sus demás ramos no ha querido admitir representación exclusiva de ninguna fábrica y conserva su completa libertad para el mejor servicio de sus favorecedores. Antes de comprar en otra parte, los Sres. Párrocos y Organistas deben dirigirse á esta casa que les proporcionará presupuestos y planos de órganos de las principales fábricas de España, Francia, Alemania, Suiza, Italia é Inglaterra, entre las cuales podrán elegir al que más ventajas les proporciona. Facilidades para el pago.

Sección de Instrumentos para Orquesta y para Banda, están reconocidos por inteligentes como de calidad superior y á precios sumamente reducidos. Cuerdas, boquillas, cañas y toda clase de accesorios para instrumentos de cuerda y de viento. Los instrumentos para Banda Militar se traen directamente de las primeras fábricas austriacas, y las clases inferiores de Alemania y de Francia.

Se compran y se venden pianos y armoniums usados.—Ventas á plazos desde 128 reales al mes sin entrada.—Alquiler, cambios, reparaciones y afinaciones.—

8, Calle de Doña María Muñoz, 8, frente á la Audiencia, Bilbao.



LA TORRE DE ZUBIALDEA.

Ya que otro de los colaboradores de la REVISTA DE VIZCAYA, mi querido amigo D. Juan Delmas ha prestado un buen servicio á la arqueología vizcaina con la descripción de la histórica torre derruida en 1866 en la esquina derecha de Artecalle, voy á resumir en breves renglones la historia de aquel monumento contra cuya demolición protesté oportuna y enérgicamente en la prensa periódica de nuestra villa, como más tarde protesté con no menor energía y oportunidad tanto en la prensa periódica como en mi *Sumario histórico* de la villa de Bilbao contra la del puente de San Anton, todo en cumplimiento de mi deber, no ya sólo de vecino de Bilbao, sino tambien de Cronista del Señorío de Vizcaya, de correspondiente de la Academia de la Historia y de individuo de la Comisión de monumentos á cuya corporación no se consultó para el derribo.

Y antes de todo debo advertir que la historia auténtica de la torre en cuestión, completamente ignorada de todos, sin excluir al laboriosísimo y erudito D. Francisco de Ormaeche, hasta que la casualidad más que un diligencia me la hizo conocer, la debí á haberseme ofrecido ocasión de consultar gran número de

papeles de una casa á que estuvo vinculada la torre descrita por el Sr. Delmas.

Cuando el año 1300 de nuestra era se fundó la villa de Bilbao en el lugar del mismo nombre correspondiente á la república de Begoña, los edificios más notables que en aquel sitio había eran el puente, la Iglesia de Santiago filial de la de Santa María de Begoña y una torre solariega denominada Zubialdea por su situación cerca del primero.

Como una vez fundada la villa y convertido su recinto en territorio primero señorial y despues realengo, la única casa de origen infanzon que en ella había era la de Zubialdea, en esta casa se hospedaban los señores y reyes cuando venían á Bilbao.

En la villa había casas acaso más suntuosas y sin duda más ricas pero carecían de aquel origen como que databan solo del nuevo Bilbao á donde habían trasladado las suyas los Novias, los Zurbáran, los Leguizamon y otros solariegos de las cercanías, para poderse decidir con más probabilidades de lucro al comercio y la marinería con que muy pronto se fueron enriqueciendo.

Los solariegos de Zubialdea, queriendo que no se confundiera su casa con las advenedizas, añadieron á su apellido de Zubialdea el de Bilbao la Vieja, significando así que su casa y linaje procedían del Bilbao viejo, del Bilbao infanzon y no del Bilbao nuevo, del Bilbao primero señorial y luego realengo.

El escudo de armas de la casa de Zubialdea representaba una torre y un puente aludiendo á la misma torre y el puente inmediato.

Cuando la villa trató de adoptar escudo de armas, cuya costumbre se iba generalizando en el siglo XIV tanto por los concejos como por los linajes, tomó las de la casa de Zubialdea y le añadió un lobo como recuerdo de la casa de Haro que primitivamente usó uno solo. En un documento oficial y solemne de 1356 se dice que en "el sello del Consejo de Bilbao había figura de puente, de un castillo y de un lobo," á principios del siglo siguiente se levantó á la cabeza derecha del puente la iglesia de San Antonio Abad, abierta al culto en 1433, sustituyendo á un

alcazar á medio construir que allí había querido levantar el rey D. Alfonso onceno queriendo lisonjear á la villa en ocasión en que deseaba su adhesión. Entonces en el escudo de armas de Bilbao se substituyó la torre ó castillo con la nueva iglesia por un testimonio de piedad ó de realismo.

La torre de Zubialdea debió el ser el teatro de sangrientas tragedias precisamente á su origen infanzón que fué causa de que posasen en ella los reyes y señores.

Hacia 1354 hospedándose en ella D. Tello que lo era de Vizcaya, mandó matar en su presencia y arrojar á la plaza por una ventana á D. Juan de Abendaño.

En 12 de Junio de 1359 hizo exactamente lo mismo con el infante D. Juan de Aragón el rey D. Pedro el Cruel.

En 1457 se hospedó en la torre de Zubialdea, el rey Don Enrique IV con motivo de haber venido á jurar los fueros como lo hizo el 16 de Marzo so el árbol de Guernica, á pesar de lo cual dió ocasión en 1473 á que Vizcaya le negase la obediencia por haberlos quebrantado y ofreciose el señorío á su hermana D.^a Isabel que estaba ya declarada Princesa de Asturias y lo aceptó reconociendo en el derecho que tenían los vizcainos á desobedecer al señor que los desaforase.

El rey católico D. Fernando V esposo de la misma señora se hospedó en 1476 en la citada torre cuyo señor era á la sazón Martin Yañez de Bilbao la Vieja. La ocasión de tal hospedaje fué también el haber venido D. Fernando á jurar los fueros en nombre de su egregia esposa que aplazaba su venida para cuando se lo permitiesen los negocios del Estado.

En efecto, en 1483 vinieron los reyes católicos y se hospedaron en la torre de Zubialdea.

Faltando la línea directa de varon en los señores de la casa de Zubialdea ó Bilbao la Vieja, se sucedieron en el Señorío de ella, primero el linaje de Arbieto que procedía de las cercanías de Orduña y poseía en Abando y en Bilbao mismo casas y heredades de cuantía.

Al linaje de Arbieto sucedió en el Señorío de la casa de Zubialdea D.^a Isabel de Barrenechea que era su dueña en 1704 y luego el Echevarri ó Echevarría originario de Llodio y este la poseyó casi hasta nuestro tiempo lo cual explica el que vulgar-

mente se le designase aun al derrivarla con el nombre de torre de Echevarría.

La Comisión de monumentos de Vizcaya, no creyéndose con medios para impedir el derribo, obtuvo la promesa de que en la casa edificada en el solar de la torre de Zubialdea, se pondría una inscripción conmemorativa de que allí existió este insigne monumento histórico, pero la inscripción no se ha puesto aun y es de esperar que la Comisión ahora reorganizada gestione para que se ponga.

Tanto por abreviar este resumen como porque me falta tiempo para buscar y examinar los apuntes que conservo de la historia que acabo de compendiar de memoria, omito muchos accidentes de esta historia entre ellos la solemnidad con que en el reinado de Fernando VI cumplimentó el corregidor del señorío una real cédula mandando restablecer en la torre de Zubialdea el escudo de armas de esta casa á instancia de los señores de la misma.

Antonio de Trueba.

RECUERDOS DE ROMA.

ROMA ANTIGUA.

Desde edad muy temprana fué uno de mis sueños dorados el poder admirar de cerca las maravillas de la antigua Roma, cuyo solo nombre bastaba para suscitar en mi fantasía cuadros de insuperable hermosura. En mi adolescencia, mucho antes de que este sueño pudiera realizarse, me eran ya hasta cierto punto familiares los monumentos célebres que aquella ciudad, sin par entre las ciudades del mundo, contiene en su recinto para admiración y estudio de artistas, filósofos, historiadores y poetas. En Roma se compendia, digámoslo así, la historia de todas las edades conocidas, porque de allí proceden ó allí vienen á enlazarse casi todos los acontecimientos que mas hondamente han marcado el progreso del género humano. No olvidaré, por lo tanto, una mañana de invierno, pero templada y apacible como suelen serlo por lo común en el clima romano, cuando después de haber salido de la basílica de Santa María la Mayor, que fué el primer monumento en que penetré aquel día, subí trémulo y conmovido las gradas de Santa Cruz en Jerusalem, famosísimo templo, donde entre otras reliquias venerables se

guarda la inscripción de la cruz, situado casi en los límites de Roma, viendo como el sol brillantaba con luz esplendorosa la ciudad y la campiña, el *nive candidum Soracte* de Horacio, los montes sabinos y las colinas albanas, y dando gracias al cielo de lo íntimo de mi corazón porque se había realizado al cabo el sueño de mis años mas juveniles.

No es mucho que al interés poderosísimo que ofrece la ciudad de Roma por sus singulares atractivos, corresponda el número extraordinario de libros dedicados á describirla en su historia, en sus monumentos, y hasta en los accidentes más triviales de la vida común. Si me detuviera á enumerar los escritores que ocuparon su pluma en semejante empeño, y cuyo nombre ha llegado á mi noticia, con no ser ciertamente todos los que de la materia han tratado, emplearía en un mero catálogo bibliográfico todo el tiempo y el espacio de que me es dudo disponer en la ocasión presente. Así es que, dejando á un lado á los que han escrito ámpliamente la historia de la ciudad eterna, sin referirse de una manera espécial á los restos de su antigüedad que hoy se conservan, me limitaré á citar como guías que, fuera de mis propios recuerdos, me han servido principalmente para orientarme en mis estudios arqueológicos á Dezobry, Ampère y Boissier entre los franceses, á Friedlander, Becker y Reumont entre los alemanes, á Dyer, Ramsay y Middleton entre los ingleses, á Nardini, Nibby y Canina entre los italianos, sin omitir tampoco á nuestros compatriotas Vara Calderon, que escribió en el siglo décimo sétimo, y á Pacheco, Catalina y Ferreiro, que han escrito en el presente, aunque estos últimos, á lo que alcanzo, se limitaron á transcribir más ó menos extensamente lo que otros habían estudiado y descrito antes de ellos. Mi intento es hoy, por lo demás, ceñirme á los recuerdos de la Roma pagana, que es materia harto vasta de suyo, porque el intentar siquiera mezclarlos con los recuerdos que suscita la historia de Roma en su relación con la historia de la Iglesia pediría necesariamente tiempo y espacio de que no me es posible disponer en el caso presente.

Me propongo, pues, ayudado de mis propios recuerdos, y teniendo en cuenta las investigaciones, algunas recientes, de los

escritores que he nombrado sobre todo, presentar un ligerísimo bosquejo del aspecto que en el día ofrecen aquellas ruinas venerables, testigos mudos de tantos sucesos, y teatro al mismo tiempo en donde se han desempeñado algunas de las escenas más dignas de recordación en la historia del mundo.

Sobre el origen y fundación de Roma ha habido porfiadas é interesantísimas controversias. Desde los que siguen la narración sencilla pero animada y pintoresca de Tito Livio, hasta los que con los autores alemanes modernos, de acuerdo con lo que otros más antiguos, como Cluverius, Perizonius y Beaufort dejaron ya indicado, no ven en la historia de los reyes más que una serie de fábulas ó romances populares, enlazados con las creencias religiosas, lo que se ha escrito y comentado sobre esta materia es un portento de erudición y de paciencia. De todo ello haré ahora caso omiso, como circunstancia, si bien importantísima, redundante para mi objeto, ciñéndome á compendiar lo que más digno de mención encuentro entre los monumentos que se conservan de la antigüedad romana, porque no de otra suerte sería factible reducir á estrechos límites estudios arqueológicos de extraordinaria importancia. Pero no pasaré adelante, sin que llevado de mi amor filial al pueblo en cuyo seno he nacido haga constar que entre las tribus que contribuyeron á la fundación y progreso de Roma, y moraron en sus célebres colinas, se encuentran vestigios de la antiquísima generación euskara, según lo sienten algunos escritores, que colocan á nuestros consanguíneos en el sitio ó barrio llamado la Suburra, en la falda del Esquilino, como puede verse en las amenas cuanto instructivas disertaciones que dió á luz Ampere con el título de *l' Histoire romaine á Rome*.

Apenas es necesario recordar, refiriéndose al asiento de Roma, por ser harto sabido, que comprendía siete colinas ó montes de poca altura, unos aislados como el Aventino, el Palatino, y el Capitolino, unidos otros en su parte superior como el Celio, el Esquilino, el Viminal y el Quirinal, extendiéndose la población sobre ellos y en su derredor, y estando situados río arriba, siguiendo el curso del Tiber desde su desembocadura, por el orden con que los he nombrado, los tres primeros á su orilla, mas,

apartados hacia el interior de las tierras los restantes. Las otras colinas que rodean á la Roma presente, ó sea el delicioso paseo llamado el Pincio, y las que dominan por la orilla derecha del Tiber el Vaticano y el barrio popular conocido con el nombre de Trastévere, no estaban comprendidas dentro del recinto de la ciudad antigua.

Entre las colinas ó montes mencionados, los que mas poderoso interés inspiran son, á no dudarlo, el Palatino y el Capitolino; el primero de los cuales fué el sitio donde hizo Rómulo su asiento primitivo, con sus secuaces latinos, segun lo cuentan las tradiciones y memorias mas antiguas, mientras que en el monte Capitolino habitaron los sabinos sus rivales y enemigos, despues aliados y compañeros, hasta formar entrambos un solo pueblo, merced á la mediación de las mugeres robadas, que puso término al terrible combate empeñado en el valle, mas tarde el Foro, que á los dos montes separaba. De esta manera refieren la unión de los sabinos y latinos, de que procedió el engrandecimiento de Roma, los autores que aceptan las narraciones mas populares, y no han tratado de inquirir con escrupulosa crítica los fundamentos en que tales narraciones se apoyaban.

Y no solo se concentran en el Palatino los primeros recuerdos y vestigios de la fundación de Roma, sino que los años adelante, trasformado en república el reino electivo, y extinguida la república por los Césares, todavia quedó siendo aquel lugar el predilecto y mas importante en el recinto de Roma. Así es que, desde la Roma *quadrata*, ó sean los restos de la muralla primitiva de Rómulo y del templo de Jupiter Stator, elevado por el mismo rey en conmemoración de sus guerras con los sabinos, hasta los últimos tiempos del imperio, guarda recuerdos curiosísimos de todas las épocas de la historia romana. Allí tuvieron sus casas, entre otros célebres varones Cicerón y Craso; allí se construyeron uno tras otro, y á veces unos encima de otros, los suntuosos palacios de Augusto, Tiberio, Calígula, Domiciano, Adriano y Severo, cuyos restos imponentes, de los cuales queda una parte todavia en pié, aunque aportillada y derruida, dan á la par elocuentísimo testimonio de lo que fué la magnificencia

romana, y de lo que llegan á ser todas las pompas y grandezas del mundo. Solo con dotes extraordinarias de laboriosidad y paciencia es dado restablecer la traza y aspecto que tales edificios tenían en lo antiguo, hoy convertidos por decirlo así en otros tantos cadáveres, incorruptos algunos, pero desfigurados por la obra del tiempo. Meros esqueletos los más, desnudos y de cuanto pudiera servir para figurarse lo que fueron en su estado primitivo. Es la casa llamada de Livia, la única que en el Palatino se ha conservado casi incólume, y por eso á sus pinturas y aposentos se les da la estimación debida, siendo probable, segun algunos, que allí habitára Germánico, el padre de Calígula, el cual fué asesinado en el criptopórtico ó galería subterránea que conduce desde su palacio á la misma casa.

Entre el Palatino y el Capitolino hubo en los tiempos primitivos de Roma un valle pantanoso, que al cabo se desecó por completo, para cuyo desagüe se construyó en tiempo de los reyes la Cloaca máxima, que aun puede verse tal como era en lo antiguo, causando no poca admiración el que continúe en nuestros días sirviendo á los mismos usos en que se ha empleado durante mas de veinticinco siglos. Este valle se convirtió mas tarde en el Foro, sitio no muy vasto, si se tiene en cuenta el extenso espacio que llegó á ocupar la ciudad de Roma, y que era una aglomeración de casas, tiendas, palacios, templos, basílicas, columnas y arcos triunfales. Puede decirse que llegó á ser el corazón y centro de la vida romana, y es hoy todavía el punto donde mas señalados recuerdos históricos y arqueológicos se acumulan, y mas cumplidamente cabe figurarse el cuadro de la sociedad antigua. Todavía se conservan el pavimento de la Via Sacra, que bajaba del Capitolio, pasando debajo del arco de Tito, elevado para conmemorar la sujeción de los judíos; restos de los templos de Vesta, de Castor y Polux, de Vespasiano, de Saturno, de la basílica Julia, de la rostra, ó lugar donde se hablaba en los comicios, á que se dió aquel nombre por estar adornado con espolones de naves, traídos como trofeos; del *Tabularium* ó archivo del estado, que data de los tiempos de la república, y del que hoy no queda mas que la planta baja, sirviendo de base á un palacio construido por Miguel Angel y de la basí-

lica de Constantino; sin contar con los templos antiguos convertidos en iglesias, y los monumentos que se mantienen casi incólumes, como la columna de Focas, y los arcos de Septimio Severo de Tito, y de Constantino, aunque apartado ya este último del Foro.

Y no olvidaré, antes de alejarme de estos lugares, el hacer mención de la antigua cárcel Tuliana ó Mamertina, sitio lóbrego y subterráneo, donde se encerraron y perdieron la vida muchos desgraciados, entre ellos el célebre caudillo africano Yugurta, y los cómplices de Catalina. Á su lado estuvieron las gemonias, donde quedaban expuestos los cadáveres de las víctimas. Sobre aquella ominosa prisión, al pié del Palatino, se ha construido una iglesia bajo la advocación de San José de los Carpinteros.

Tampoco dejaré de recordar que al mismo lado del Foro, pero hacia el otro extremo del Palatino, se enseña todavía el sitio donde dicen que estuvo la famosa roca Tarpeya, desde la cual se arrojaba á los criminales; sitio imposible de verificar á causa de las mudanzas que trajo el tiempo, pero que por lo común se coloca junto al palacio Caffarelli, que hoy sirve de residencia al embajador de Alemania, y que se construyó sobre las ruinas del templo de Júpiter Capitolino.

En el arco de Constantino, al cual comprendí en la región del Foro, pero que en realidad está ya de él apartado, y en frente del Coliseo, comienza el camino que lleva á la puerta de San Sebastian, y por ella á la vía Apia, que de Roma conducía á Brindis; camino á cuyos lados erigieron sus sepulcros las familias más ilustres, y de los cuales quedan todavía muchísimos restos, descollando entre todos la torre de forma redonda, llamada de Matela, que es uno de los objetos que más sobresalen en la campaña de Roma, y más se ha reproducido en las pinturas de aquellos contornos. Antes de llegar á la puerta de San Sebastian, cercana á la iglesia de este nombre, que conmemora al santo asaeteado, se encuentran los vetustos murallones de las termas construidas en tiempo de Caracalla; monumento soberbio cuyas ruinas permiten todavía hacerse cargo de lo que fueron los baños de los romanos, lugares de esparcimiento deleitoso, y donde se reunía cuanto en aquella edad pudo inventar

de más refinado el amor á los placeres y al arte, y de donde se sacaron no pocas de las magníficas esculturas que enriquecen los muséos de Roma y de Nápoles.

Este camino separa el monte Palatino del monte Celio, en el cual no abundan tanto los restos de la antigüedad como en el primero, siendo lo mas notable que á la vista se ofrece el arco todavía en pié llamado de Dolabella.

En frente del arco de Constantino, y acercándose ya á la falda del Celio, y á la del monte Esquilino, que con este confina, se ven aún los restos de la fuente llamada *Meta sudans*, adonde iban á refrescarse los gladiadores del anfiteatro; y más allá, cerca de otras ruinas de menos renombre, queda aún parte del pedestal donde estuvo la estatua de Nerón, que medía mas de cien piés de altura.

Pero lo que por aquella parte y con justicia más poderosamente encadena la atención, es la grandiosa mole del anfiteatro Flavio, ó Coliseo, más propiamente Coloseo, como se le denomina en italiano, porque trae su nombre de las colosales dimensiones de su recinto, situado cerca del confin de las dos colinas mencionadas, y construido por los emperadores de la dinastía Flavia, para congraciarse la voluntad del pueblo, apasionado ya en extremo de los espectáculos que en tales lugares se le ofrecían. En aquel anfiteatro se repitieron innumerables veces las sangrientas escenas en que peleaban los gladiadores, bajo diferentes nombres y con diferentes armas, ora unos contra otros, ora con las fieras de que surtían á Roma los desiertos africanos; y allí la multitud, llevada al delirio por las impresiones del combate, á manera de lo que acontece entre nosotros en las corridas populares, se gozaba en la contemplación de los espectáculos mas horribles que se han visto en el mundo. Las vidas de los infelices inmoladas en la arena para recreo de los espectadores, antes enardecían los ánimos que moverlos á compasión, y la plebe embriagada por el furor aplaudía ó vilipendiaba frenéticamente, segun el caso, los rasgos de valor ó flaqueza de los encarnizados combatientes.

No es fácil exponer el cúmulo de recuerdos que se apoderan del ánimo cuando dentro del recinto del Coliseo, así á la luz del

día, que permite reconocer la magnitud de las dimensiones del anfiteatro, como á la luz de la luna que le dá fantástico y misterioso aspecto, se medita sobre lo que fué y lo que representaba en el imperio romano aquella mole ruinosa, pero bastante bien conservada en su conjunto para que pueda formarse cabal idea de los sucesos que allí ocurrieron. Tal vez sean, al mentarse á Roma, San Pedro y el Coliseo los monumentos que mejor la simbolizan y más espontáneamente ocurran á la memoria, aunque de naturaleza y significación tan diversa el uno del otro, y es porque ambos monumentos son, sin duda, los que más cumplidamente retratan lo que fué la sociedad antes y después de la propagación del Evangelio.

En el monte Esquilino, que es el que mayor extensión ocupa de todas las colinas históricas de Roma, sobre las ruinas del vastísimo palacio de Nerón, que hasta allí llegaba, se encuentran algunos restos de las termas de Tito, aunque ni lo que de ellas queda, ni lo que fueron en su tiempo, admite comparación con las termas de Caracalla, ni con las de Diocleciano que están en el sitio más elevado del Viminal. En la parte donde este monte forma ya una sola planicie con las alturas del Esquilino hay otras ruinas y monumentos, aunque no de tanto interés como los que dejo enumerados: el arco de Galieno cerca de Santa María la Mayor, lo que se llama el *Castello*, y sirvió de depósito de aguas, y el templo de Minerva médica, no lejos de la puerta *Maggiore*, por donde pasa un acueducto en el que hay curiosas inscripciones. Sobre el Viminal, como ya dije, están las ruinas de las termas de Diocleciano, que compiten en magnificencia con las de Caracalla, y que han servido en tiempos modernos para usos muy distintos de los que tuvieron en los tiempos antiguos. Miguel Angei convirtió en iglesia del monasterio de cartojos de Santa María de los Angeles una de las vastísimas salas de aquellas termas, y otra que tiene la forma de rotonda es hoy iglesia del monasterio cisterciense de San Bernardo.

Los vestigios de la antigüedad que hayen la colina siguiente, última de las siete históricas de Roma, que es el Quirinal, son de menor importancia que los que dejo señalados. Conservanse en lo *Via nazionale* moderna algunos restos de los muros que

ormaron el recinto de Roma en la época de sus reyes; y en la plaza del Quirinal, en frente del palacio pontificio de este nombre, hoy residencia de los reyes de Italia, se admira el grupo de Caster y Polux sujetando sus caballos que se encontró en los baños de Constantino, no lejos de aquel sitio.

A orillas del Tíber, más allá del Foro, y cerca del Capitolio, ya en la parte baja de la ciudad, se encuentran dos templos pequeños pero bien conservados, llamado el uno de Vesta, hoy Santa María del Sol, aunque se sabe en el día que no estuvo dedicado al culto de aquella deidad, antiguo templo de la *tortuna virilis* el otro, consagrado después bajo la advocación de Santa María Egipcíaca. En el primero de forma circular, rodeado de un peristilo de veinticinco columnas corintias; es el otro de forma cuadrangular, según la traza común de los templos greco-romanos, y rodeado también de columnas pero de orden jónico. No lejos de estos monumentos se vé lo anchurosa desembocadura de la Cloaca máxima, de que hice mérito al hablar del Foro, y que por su remota antigüedad no puede contemplarse sin cierta veneración y asombro. También están muy cerca por aquellos sitios el arco de Jano Quadrifons y el arco Argentario, así llamado por los plateros que hicieron construirle.

La parte llana de Roma, el Campo Marci de los antiguos, que es por donde principalmente se extiende la población moderna, (aunque estos últimos años se edifica muchísimo en la planicie del Viminal y del Esquilino) se encuentra siguiendo el curso del río, y en ella hay algunos monumentos dignos de especial mención, como el mausoleo de Augusto, convertido hoy en circo olímpico, las termas de Agripa, y sobre todo el templo llamado el Panteon, consagrado bajo la advocación de Santa María de los Mártires, uno de los que mejor se conservan de la antigüedad, y que es una amplia y magestuosa rotonda, célebre por la singularidad de tener una grande abertura en lo alto, por donde penetra la luz, pero también la lluvia y el viento en los días desapacibles. En la misma parte llana está el teatro de Marcelo, del cual no quedan más que algunos arcos á espaldas del palacio Orsini, y se ven las ruinas del pórtico de Octavia.

las columnas del pórtico de los Argonautas, las de los Foros de Nerva y de Trajano, en el último de los cuales permanece la columna, en cuyo remate estuvo la estatua del emperador de aquel nombre; y la columna de Marco Aurelio, rematada también por la estatua del emperador así llamado. A las estatuas de los Césares reemplazaron después las de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Son dignos de recuerdo entre las antigüedades de Roma los obeliscos traídos de Egipto, que la munificencia de los Papas hizo sacar del abandono en que yacían para colocarnos en lugares prominentes, contribuyendo su colocación sobremanera al embellecimiento de la ciudad. Los hay junto á Santa María la Mayor y á San Juan de Letran; enfrente del Quirinal y del palacio de Monte Citorio, donde hoy tiene sus sesiones el Congreso de diputados del reino de Italia; delante de la basílica de San Pedro, en la Plaza Navona, en la del Panteon, en la de la Minerva, así llamada por la iglesia de Santa María *sopra Minerva*, edificada en el sitio donde estuvo un templo de aquella deidad pagana; y por último en el monte Pincio, ó sea en el paseo mas animado de Roma, el cual por su amenidad y por las vistas que de allí se disfrutaban merece con justicia la predilección en que se le tiene por la concurrencia mas selecta de romanos y extranjeros.

En la misma orilla del Tiber, pero en el extremo opuesto de la plaza y puerta del Pópulo, que es el principio de la antigua Via Flaminia, á cuyo lado está el monte Pincio, se advierte mas allá del monte Aventino, y formando parte de los vetustos muros de la ciudad, la pirámide de Cayo Cestio, que sirvió de sepulcro á un personaje de este nombre, del cual se tienen, por lo demás, muy escasas noticias; pirámide hoy comprendida en el cementerio protestante, cuya cerca está formada en parte por el mismo muro de la ciudad, obra del emperador Aureliano; y á corta distancia, no en verdad como monumento arqueológico de valía, pero si como circunstancia curiosísima, puede verse el monte Testaccio, que es una colina artificial formada en parte por la acumulación de los restos de loza y de vajilla que allí se fueron depositando.

No son muchos, por cierto, los testimonios que de la antigüedad se conservan á la orilla derecha del Tíber, donde se encuentran el Vaticano con sus tesoros artísticos de mérito tan subido y con sus venerables reliquias de los primeros siglos del cristianismo. Levántase allí, sin embargo, la imponente mole Adriana, ó castillo de Santangelo, que así se llama por la estatua del angel que le sirve de remate, inmediato al puente Elio, de fábrica antigua, y por el cual no puede pasarse sin que se conmueva el ánimo hondamente, porque es á manera de vestibulo de la ciudad Leonina, donde en el sitio que ocupó el palacio Vaticano, se alza la grandiosa basílica de San Pedro, objeto comun y predilecto de los peregrinos de toda la cristiandad. Fué construido el hoy castillo de Santangelo para guardar las cenizas del emperador Adriano, y aun se conserva en San Pedro parte del sepulcro de pórfido que aquellas cenizas encerraba. De la mole, convertida en fortaleza durante la edad media, queda todavía en pié su planta circular, pero no sus columnas, estatuas, adornos y coronamiento, viéndose, sin embargo, en un patio ó jardin del Vaticano la piña de bronce que sirvió, segun se dice, de remate á la soberbia fábrica, entre dos pavos reales del mismo metal, que tambien servían de ornato al colosal mausoleo.

Harto sumaria es, y tenía que serlo necesariamente, la incompleta enumeración que llevo hecha de los monumentos de la antigüedad mas dignos de recuerdo que aun quedan en Roma. El describirlos con mayor extención sería mas propio que de este lugar de un libro voluminoso. Mi objeto era tan solo dejar apuntados mis recuerdos, con la ayuda de los autores que para mis estudios y paseos me sirvieron de guía en la ciudad eterna. ¿Quién será capaz de presentar con novedad las cosas de Roma, cuando en tratarlas se han empleado las primeras plumas del mundo, y cuando tantos insignes artistas y filósofos, historiadores y poetas han pisado el recinto de aquella ciudad, poseidos de un verdadero afecto de piedad filial, con el objeto de estudiarla y describirla? El solo nombre de Roma conmueve poderosamente el ánimo de cuantas personas han meditado sobre los destinos del género humano. No en balde se recuerdan, por lo tanto, aquellos tiempos, en los que no eran los medios de viajar

tan rápidos como en el día, cuando los que se acercaban á Roma del lado septentrional que era el camino mas ordinario de los viajeros, esperando con ansiedad que se marcasen en el horizonte los contornos que buscaban, oían de los labios del conductor de su carruaje las palabras tan repetidas: *ecco Roma*, hé allí Roma; al propio tiempo que señalaba con la mano la grandiosa cúpula de San Pedro, que antes, mucho antes que otro monumento alguno de la ciudad, aparecía á lo lejos vivamente herida por los rayos del sol.

Cuéntase que Gibbon, el historiador famoso de la decadencia y caída del imperio romano, concibió el pensamiento de su obra contemplando las ruinas del Foro desde la altura del Capitolio, á la sazón que los frailes del vecino convento de Araceli, edificado en el sitio que ocupó la ciudadela de Roma, elevaban al cielo sus plegarias. Y en verdad, que contraste más á propósito para suscitar en el ánimo levantados pensamientos, que el que ofrece el cántico de los religiosos en el coro de su iglesia con los restos mudos de las edades paganas, no era fácil encontrarlo en parte alguna mejor que en aquella colina famosísima, doblemente consagrada por la religión y por la historia, en donde Miguel Angel dejó tambien el sello de su ingenio inmortal, y en donde pueden contemplarse al propio tiempo la estatua ecuestre de Marco Aurelio, y la del emperador Constantino, los trofeos de Mario, las piedras miliarias sacadas de la Vía Apia, y las estatuas colosales de Castor y Polux que conmemoraban la aparición de los dioses gemelos en la batalla del lago Regilo. Y para que no se olvide un momento lo que la tradición refiere acerca del origen misterioso de Roma, al lado de la escalinata que por el lado opuesto al Foro, desde la plaza de Araceli conduce al Capitolio, se guardan en un jardín dos lobos enjaulados, armas parlantes de la ciudad famosa que, como dijo un poeta castellano, fué

Hija de lobos, madre de Nerones.

No hablaré hoy, por no alargar demasiado estos apuntes, de los tesoros de escultura antigua que encierran tanto el museo del Capitolio como el del Vaticano, sin contar otras colecciones, aunque apreciables no tan ricas; tesoros descubiertos en su

mayor parte en las termas, templos y ruinas que se contienen dentro del recinto de Roma y fuera de sus muros. Baste decir que las obras de escultura completan el estudio de los monumentos de la antigüedad, y ayudan á formar cabal concepto del grado de esplendor á que llegó en otros tiempos el cultivo de las artes, y del gusto refinado en este punto de la sociedad pagana.

Las causas de la destrucción y ruina de aquellos monumentos insignes son muchas y diversas; pero forzoso es reconocer que, al lado de los efectos inevitables de las guerras y trastornos, de la acción demoledora del tiempo, hay que colocar la incuria del hombre, y la ignorancia que le movió á malgastar los tesoros artísticos acumulados en Roma, en otras obras, ya que no en verdad despreciables, no dignas tampoco de que por su causa viniesen al suelo y se devastasen las soberbias fábricas de la antigüedad. El propósito de conservar los monumentos de tiempos remotos, por sus propios méritos, no fué siempre tan firme como lo es en el día, y como lo fué también durante el reinado de algunos de los últimos sucesores de San Pedro. No ha sido, no, de temer, que se repitiese en lo que vá de siglo, ni áun muchos años antes, lo que cuentan que sucedió en aquellos tiempos en que se privó al Panteon de sus bronceos, y se arrancaron las piedras travertinas del Coliseo para enriquecer con tales despojos las soberbias moradas de príncipes y magnates, ni que tampoco sobre los palacios de los Césares se levantasen edificios como los de la villa Mills y los de los jardines Farnesianos.

Vano sería el intento de buscar el menor enlace, por lo que á la vida común se refiere, entre la Roma moderna y la Roma antigua, á pesar de los monumentos, más ó menos ruinosos que todavía quedan; la una está donde la otra estuvo; es cuanto puede decirse. La ciudad moderna se construyó en parte sobre la ciudad antigua, cuyo suelo mismo se ha removido y alterado muchas veces, como podría construirse una población entera en una necrópolis abandonada. Así es, que en donde quiera que se pone la mano en la tierra para removerla y excavarla, asoman los restos de los monumentos derruidos y las obras artísticas

escondidas, como salen los restos humanos en un lugar que en otro tiempo sirvió de cementerio.

El curso de tantos siglos y la civilización más refinada que conoció el mundo hasta los tiempos modernos, han dejado allí por todas partes riquísimos é inagotables veneros arqueológicos. Parece que hasta el aire que se respira en las termas colosales de Caracalla y de Diocleciano, en el augusto recinto del Foro, en las alturas del Palatino, y sobre todo dentro del magestuoso Coliseo, traen sin cesar á la memoria los recuerdos más vivos é interesantes de la sociedad antigüa, los cuadros de las costumbres romanas, con su corrupción ó su grandeza, las hazañas de sus guerreros, la elocuencia de sus oradores, la austeridad de sus magistrados, los nombres de Bruto, Tito Livio, Suetonio, Régulo, Caton, Tácito, Ovidio, Lúgulo, Juvenal, Tiberio, Augusto y Julio César, los gladiadores inmolidos para que sirviesen de entretenimiento á la plebe, los esclavos arrojados al estanque para pasto de las murenas conque se regalaban en sus triclinios los magnates, los mártires, en fin, del cristianismo, dando testimonio con su muerte heroica de la verdad del Evangelio, cuya propagación iba á coincidir con el fin de la Roma antigua, de la que son muy pocos los monumentos que ha dejado incólumes el curso de los siglos, debiendo casi todos ellos su preservación de las injurias del tiempo y de la mano vandálica del hombre á la cruz que consagró su recinto.

Fidel de Sagarminaga.

CUATRO CARTAS DISTINTAS Y UNA SOLA VERDADERA.

APUNTES QUE PUDIERAN SERVIR PARA UNA NOVELA.

~~~~~  
(Conclusión.)

### III.

Sevilla Setiembre de 1885.

Figúrome todo lo que pensado y discurrido habrás para despejar la incognita del problema que á guisa de epistola te presenté ayer. Ya me supongo tus apreciaciones y cálculos y mira tu si estoy en lo cierto, cuando afirmo y juro y perjuro que tus vacilaciones y dudas han de encerrarse en estas palabras con signos de interrogación.

¿Qué es lo que quiere darme á entender Cárlos? ¿Que una mujer le dijo en cierta ocasión «te quiero» y que mas adelante añadió, «no hay nada de lo dicho»? ¿Es esto nuevo por ventura? ¿Relacionese en modo alguno con la tuberculosis que destruye los pulmones de mi pobre amigo?

Tampoco se me escapa que concluirás tus reflexiones con esta frase.

¡No lo entiendo!

Procuraré á fuerza de trazar letras y mas letras llevar la luz á tu entendimiento.

Amar á una mujer, ser esclavo de sus deseos adivinar sus pensamientos y vivir con la sola esperanza de ser suyo en todo y para todo, cosa no muy nueva pareceme, y creo que esto en el mundo es moneda corriente. Sonreir hoy porque un cariño nos ilumina con sus destellos, y llorar mañana porque la nube del desden nos proporciona un eclipse total de felicidades, adivino sobradamente que también es una antigualla que no merece los honores de la preocupación..... Sin embargo, tu sabes muy bien que las escepciones siempre tuvieron carta de naturaleza en este valle de lágrimas, y que lo que tu por ejemplo arrojas desdeñosamente, otro puede recojerlo por considerarlo de importancia suma.

Y sinó, escucha bien mis palabras.

Nacer é ignorar á quien se debe la existencia; pasar los primeros años de la infancia envuelto en esa misteriosa neblina de inocentes ignorancias y afanes desconocidos: ya en la pubertad, entrever algo que disipando un tanto las brumas pasadas nos deje adivinar nuevos horizontes rodeados de luces y colores: adelante siempre en el camino de la vida, llegar al limite que separa al adolescente del adulto; allí, recojerse á solas con el pensamiento, y despues de mezclar como en caprichoso mosaico los vagos recuerdos de un pasado indefinido y las realidades de un presente, ver pasar en desordenado y confuso tropel unas negruzcas tapias donde la hiedra y el jaramago sentaban sus reales formando caprichosos cortinajes: un patio con alfombra de guijarros, y yerbas de esas que solo crecen allá donde el sol brilla por la ausencia y la humedad es reina soberana... . Despues, bóvedas oscuras muy oscuras, iluminadas á trechos por alguna claraboya que dejaba ver un pedacito de ese cielo donde dicen que se encierran todas las esperanzas y todos los misterios..... Despues, una sala larga, muy larga..... estrecha muy estrecha..... fria, muy fria..... Y allí, muchas camas con jergones escuálidos de paja y mantas casi casi transparentes..... Luego, muchos niños, en cuyos brillantes ojos parecia encerrarse todo el reflejo de una vida de privaciones y miserias!.... ¡Habrás comprendido que estoy hablando de un hospicio y de unos hospicianos!....

Como el que mira por el cristal de un panorama, la visión era remplazada por otra y entonces, aparecía ante mis ojos un alegre hogar en el que chisporroteaban buenos troncos de robles que crecen en los montes de Gamarra. Algunos bancos alrededor, y sentado cerca de la alegre llama, un venerable anciano, con sus mechones blancos, arrugada frente, sus ojos azules, su vieja y lustrosa sotana y aquel gorro de seda con la enorme borla que se balancea siguiendo el movimiento de la noble cabeza, en donde puso Dios tanto talento, como virtud puso en el alma de mi protector, de mi padre!....

En estos dos extremos se encerraba toda mi existencia. A la casualidad, debía el pertenecer á este mundo.... A la caridad, un nombre, un porvenir, una familia.

¡Ya ves si yo podría considerarme dentro de la regla general!... Añade ahora, un caracter vehemente á todas luces, mezcla de alegrías sin limite y tristezas sin cuento; un caracter tan facil á la sonrisa como al llanto, y cuya definición se encierra esactamente en estas palabras que tantas veces oí pronunciar á mi padre adoptivo: «Las manifestaciones con que este chico expresa sus sentimientos tienen algo de locura.»

Por eso quise con locura á aquella mujer: por eso el pobre huérfano, el infeliz lisiado que jamas habia sentido en su corazon esa influencia misteriosa ante la cual se aumentan las generaciones y florece la naturaleza, concentró todas sus ilusiones, toda su alma en la mujer cuyo cariño era la única esperanza de su vida, la luz única capaz de iluminar las oscuridades en que se agitaba su espíritu.

¡Inocente!.... Juzgó que todos forzosamente habían de pensar como él, y no comprendió jamás que juramentos y suspiros, y lágrimas y miradas de angel, pueden convertirse en falsías y finjimientos que dependen tan solo de la mayor ó menor cantidad de talento cómico del personaje que se halla en escena en el gran teatro del mundo... ¡Pobre Carlos!...

Más tu dirás, volviendo á la base de la cuestión; ¿cuál fué la causa del rompimiento?

¿La causa?... ¡Oh!... La causa se encierra dentro de la elocuencia del párrafo que sigue.

Luis de \*\*\* marqués de \*\*\* 10.000 duros de renta, y joven calavera de esos que sostienen dos ó tres queridas clase extra, derrochan diariamente algunos miles de reales en orgías disfrazadas de banquetes, viajan por el extranjero, y ocultan las averias que los excesos producen en su físico con todos esos perfumados afeites y menjurges que espandan las perfumerías francesas para bien de la humanidad doliente.... ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡Vamos, cuando yo te digo que he sido un necio de marca mayor!... ¿Yo?... ¡Un manco, un hijo de Marte que jamás entendió de estas cosas!... Creeme Jacobo, creeme hizo bien Julia.... ¡Que diablos había de esperar con un marido incompleto, que solo podía ofrecerle una mano, y un muñón repugnante á falta de otra en el que aun se conocen las señales del bisturi de Losada!

.....

Julia fué marquesa de ..... y se marchó á la corte á disfrutar de los millones de su apuesto y anémico marido.

¡Yo debí olvidarla!.... Esto se le ocurre á cualquiera. Pues no señor, no la olvidé.... y ahora llegamos á lo absurdo, casi casi podriamos decir á lo repugnante.

Dos garras de templado acero, afiladas como agujas, que se entretuvieran en destrozarme interiormente, no serian capaces de desarrollar el dolor y la desesperación que esta idea me producía.

¿Julia, mi Julia de otro?... ¿Ella recibiendo unas caricias que de derecho me correspondian?.... ¿Ella, en brazos de un ser gastado y decrepito, avezado en los excesos del placer que se respira con la espumante copa de la orgía en la mano, y cerca la mirada ardorosa de la impúdica mujer que vende su cuerpo al hombre que mejor la paga? ¡No!... no puede ser, es imposible!.... ¿Ella tan pura tan hermosa, con aquellos ojos tan azules donde todo un cielo se refleja, mas bello, mas encantador que ese cielo en el que brillan los astros y hacia el que se remontan las aves.... ella, delicada como la ilusión, ha de mezclar sus originales caricias con las de ese hombre acostumbrado á todos los excesos y voluptuosidades?... ¡No!... ¡no!... ¡es imposible!

Pero, ¿porqué no he de imitar á los demás? añadía después de pasado el esceso. Otros gozan con el placer desenfrenado, ¿porqué no he de gozaryotambien? Dicen que los vapores del vino y los desvanecimientos de la orgía hacen olvidar las penas..... ¡A la orgía pues!... ¡Al placer!.... Y frenetico y delirante lancéme á la palestra del vicio y.... ¡Ay amigo de mi alma, compañero de mi juventud!.... ¡Si me hubieras visto en aquellas horas de desorden y vértigo cuanta no seria tu sorpresa! ¡Cual torrente que bramando se desborda, así tu pobre Carlos fué víctima de su terrible locura!

Mujeres encenagadas en la asquerosa charca de la prostitución: bacanales en las que se apuraban todos los escesos del placer que mata, fueron mis ídolos; y cuando entre los vapores del licor y las carcajadas de la embriaguez, llegaba á mi conciencia un recuerdo del pasado, y surgía ante mi estraviada vista la imagen de una mujer que fué la esperanza de mis afanes, entonces, para deshechar aquel horrible peso, aquel puñal que se clavaba en mi alma, apuraba copa tras copa buscando mas tarde en brazos de la ramera el vértigo que por un momento oscureciese aquel resplandor que fulguraba en el horizonte de mi existencia.

¡Cuantas noches fuí conducido á mi casa en brazos ajenos !.... ¡Pobre vieja mía, cuantas lágrimas te costó mi locura!... ¡Pobre pensamiento mio, cuantas losas de horrible desesperación te abrumaron bajo su peso!..

Llegaba después la reacción con sus lentas agonias: el dolor se cebaba en mi con inaudita crueldad; la idea siempre fija, siempre implacable, daba forma á mil fantasmas que me persiguian sin cesar, quería huir de ellos, y cada vez los contemplaba mas inmediatos. Lágrimas.... accesos de furor.... todo, todo era en vano. Yo mismo conocia mi locura y sin embargo no podia, no podia atajarla!...

Y entre tanto, Julia era feliz; seguía disfrutando de la poética luna de miel que dicen es el cielo de los recién casados, mientras yó..... yó.... ¡Dios mio! ¿por que la adoré, y porque la adoro tanto.

No puedo, no tengo fuerzas para describirte mi existencia

durante otros seis meses. Agotados los placeres ficticios en los que buscaba el beleño que [narcotizase mi pensamiento haciéndolo insensible al martirio, solo conseguí recojer el germen de enfermedad que hoy me consume lenta y despiadadamente en la flor de la juventud.

Yó, el bondadoso y ejemplar Carlos, según el vulgo pregona-ba, he sido el luidibrio, el desprecio de todos los habitantes de la capital de Alava.

—¡Es un perdido, un borrachón!... ¡Si Don Rufo levantara la cabeza se volvería á morir por tal de no ver estos escánaalos en su casa!

—¡Pobre Doña Blasa!... ¡Este diablo de muchacho concluirá por matarla á disgustos!...

—¡Si todos son lo mismo!.. ¡Hospiciano recojido por caridad había de ser para ser bueno!...

Esto y mucho más decían de tu pobre amigo. Yó, que al decir de las gentes, siempre fui modelo de virtudes: yó que jamás me entregaba al sueño sin dedicar un momento de oración al Dios del Universo: yó, que supé recoger todas las máximas que mi padre adoptivo me enseñó, para cruzar el camino de esta vida con la frente levantada y los ojos fijos en el cielo: yó, que nunca caí en el mal, que siempre comprendí el bien, y que por enjugar una lágrima ajena hubiera derramado muchas propias, y por consolar un dolor hubiera sufrido muchos mas, y por atender á necesidades extrañas desatendi siempre las mías, porque todo me parecía poco para el bien mucho para el mal!.....

¡Oh!... ¡Acábesé de una vez esta miserable vida!... ¡Dios mío, nunca dudé de tí, pero en esta ocasión no me oyes!...

Perdona chico, perdona estos desahogos tan naturales en el que pronto ha de ahogarse para siempre.

.....

Pocos meses llevo en esta bendita tierra donde las flores son mas hermosas en color y perfumes, las auras mas suaves, la naturaleza más pródiga, y hasta el mismo cielo es otro cielo, sin duda porque esta tierra es como dicen sus naturales la de *María Santísima*.

Así y todo, no recobraré en ella la salud; aquí me enterrarán,

pues ya preveo la proximidad del fin. Por eso antes de terminar esta serie de frases sin orden ni concierto debidas á influencias de fiebres y vertigos del pensamiento, voy á suplicarte un favor el último que podrás añadir á la cuenta que contigo tengo pendiente.

Si á través de lo que algunos calificarían de disparates y locuras, tu adivinas algo que se estreche amistosamente con una realidad irreprochable, recójelo, y guárdalo, y quizás ya que esa es tu chifladura, llegarás algún día á tener un argumento que te sirva de base para una historia algo realista y con sus ribetes de romanticismo. Si fielmente has de retratarme, debes encerrarte en estos límites: *Elevación y Bajeza*; nada de términos medios, porque en mí solo has de buscar los extremos, y si acaso te dijeran que mi caracter es falso, dí á tales criticos que no están en lo cierto, á menos que el estudio del corazón humano no se encierre en el círculo vulgar de las reglas generales. Por su puesto, que hablo así suponiendo que tu me comprendas pues en caso contrario, lo mejor que cuerdamente obrando podrás hacer, es romper en menudos pedazos estas epístolas y arrojarlas juntas con las ideas de tu pensamiento al recinto del olvido, también te autorizo para que escribas mi historia en forma de novelas y si á ello te decides avisame, y recibirás algunos apuntes y detalles que la completen. Prepara pues tu pluma y aguza el entendimiento que lo necesitas.

Y aquí hago hoy punto final, porque debo advertirte, que son las once de la noche, que burlando la vigilancia de mi enfermera te escribo de contrabando, y que no quiero dar más disgustos á la pobre vieja que tantos ha sufrido por causa mía.

Si dentro de dos ó tres días me encuentro en disposición para ello, volveré á escribirte y te explicaré detalles que necesitas conocer para el mejor resultado de esta empresa.

¡Para tí es el mundo!.... Tienes salud, esperanzas.... acaso amas y eres correspondido, y sobre todo, tienes familia, nombre y una madre, que aunque yo no la he tenido de verdad, comprendo que debe ser lo mejor; lo mejor que el hombre puede tener en este mundo, porque es lo único que no se falsea, por lo mismo que no puede comprarse con un puñado de oro.

Tuyo siempre... es decir, siempre que viva,

CARLOS.

IV.

«Don Carlos\*\*\* Capitan de invalidos, condecorado con varias cruces y medallas etc., etc., ha fallecido á los 25 años de edad....»

No quise continuar leyendo La enlutada papeleta, en que se leia impreso el nombre de mi amigo desprendiose de mi mano derecha, mientras la izquierda apretaba convulsivamente un abultado rollo de papeles que por el correo acabababa de recibir. Algunas lágrimas derramé en silencio pensando en mi pobre Carlos, y con rapidez vertiginosa acudían á mi mente transformadas en ideas todas las amarguras y desdichas de aquella infeliz criatura cuya existencia fué un poema de dolor.

Ignoro el tiempo que pudo trascurrir entregado á tan descon-saladoras reflexiones, pero al cabo, presentóse la reacción, comenzó á descender el pensamiento de los espacios en que se agitaba, y entonces la curiosidad que nunca nos abandona aún en los actos más solemnes, me obligó á fijarme con marcada insistencia en los consabidos papeles, que en parte habían sido desgarrados, á fuerza de oprimirlos y estrujarlos entre mis dedos.

Aquí deben encerrarse los detalles del drama cuya última página se representa en esta esquela mortuoria—dije para mí —y con febril ansiedad desgarré el pliego presentándose ante mi vista multitud de papeles en los que pude reconocer la letra de Carlos. Otros llamaron mi atención por serme desconocida la letra, pero al cabo de un ligero exámen, llegué á saber que los tales manuscritos eran cartas dirigidas á mi amigo por aquella Julia á quien sin conocer odiaba con mis cinco sentidos.

Iba ya á dar comienzo á la lectura de aquellos para mis preciosos documentos, cuando tropezaron mis dedos con un pliego cerrado en cuyo sobre se leia en gruesos caracteres; «Para Jacobo.» Comprendí que por allí debía empezar, puesto que en aquel pliego se encerrarían los últimos pensamientos del pobre martir, y bien pronto pude leer la siguiente epístola que decía así:

«Amigo de mi alma: cuando leas estos renglones es bien seguro que habré dejado de pertenecer á este mundo.

Siento que las fuerzas me faltan, y procuraré ser todo lo breve que me sea posible, para confiarte el último secreto y suplicarte el último favor.

Presta atención á lo que voy á decirte, porque has de saber que....»

.....

—¡Señorito!... ¡señorito!... Despierte V... ¡Ya pasa de las nueve!

Asombrado y con los ojos muy abiertos—porque yó no dudo que debí abrirlos mucho—miraba hasta con espanto la estúpida fisonomía de mi asistente, en cuyos ojos de ratón, se reflejaba el mismísimo asombro que sin duda debió ver en el espejo que delante se le mostraba.

—¿Qué es eso?... ¡Carlos!... ¿Ha muerto?... ¿Y las cartas?... ¿Dónde están los cartas?...

—¿Qué dice V. señorito?... ¡Ah!... ¡Las cartas!... No señor, no vino *entavía* el cartero. Si *quíé* V. voy á *dir* si le veo.. .

Y el pobre muchaco, me miraba cada vez más asustado, mientras yó, después de fijarme en cuanto me rodeaba, y al verme en mi cómodo lecho y distinguir á través de un rayo de sol la mesa escritorio sobre la cual se mezclaban en caprichoso desorden libros y papeles exclamé recordando á Calderón.

*«que toda la vida es sueño  
y los sueños sueños son.»*

Y al mismo tiempo que estas frases pronunciaba, despedí al asustado rapaz, que, seguramente debió ver en mi actividad algun gesto alarmante en contra de la tranquilidad de sus costillas, pues salió de la habitación cerrando precipitadamente la puerta como para mayor tranquilidad de su individuo.

Al verme solo, lancé una carcajada, y maquinalmente me apoderé de un pedazo de papel que sobre la mesa de noche se encontraba..

Era una carta recibida el día anterior, y leída momentos antes de entregarme en brazos de Morfeo.

Lee conmigo querido lector, desde luego me atrevo á asegurarte que te has de reir y no poco.

«Vitoria 21 de Diciembre de 1885.

Querido Jacobo: te vas á quedar estático y mudo de asombro en cuanto suelte una palabrilla..... ¡¡Me caso!!.....

Ya ves tu si la cosa es para admirarse conociendo mi caracter, y sobre todo mis *circunstancias*.

Mi futura, en una *barbiana* de primer orden, y me quiere lo mismo que á las niñas de sus ojos, que entre paréntesis, diréte son de lo mejorcito que Dios ha criado.

En todo Vitoria no se habla de otra cosa, y hay quien asegura, y asegurar es, que con la vida de matrimonio sentaré la cabeza y seré más formal.

Esto no sé hasta que punto podrá ser cierto, y bien puede decir mi Julia, (que nombre mas bonito, ¿verdad?) que pondrá una pica en aquella ciudad donde se confeccionan los famosos quesos que tanto me gustan, si consigue desarrollar en mí, esa gravedad que nunca tuve, y que hasta cierto punto es, indispensable en un hombre de estado. En fin, chico, allá veremos..... tu que me conoces, no ignoras que hasta en los actos mas solemnes y menos apropósito para reirse un prójimo no he podido contener algunas carcajadas retozonas é inoportunas que, tanto asombro y admiración producían en tí y otros chiflados como tu. ¡Ya ves!..... ¡me reía en el hospital de Santander cuando me presentaron en una bandeja, á petición mia, mi brazo izquierdo, por que me acordaba de la cabeza de aquel santo que le llevaron á la hija de Herodes; (no el santo, la cabeza). Pero en fin, después de todo mi fondo es bueno, como dice mi vieja: bien es verdad que, mi madre me adora, y por eso todo lo encuentra bien y bonito cuando dice á todo, «¡cosas de Carlos!».

Volviendo pues á mi cuento, te repetiré una vez mas que me caso, y que de pocos dias á esta parte me marean que es una bendición. Chico si yo hubiera previsto estos preliminares casi me hubiera llamado *Andana*..... Compras..... arreglos de casa..... regalos..... ropas..... y apropósito de regalos; no vayas á

figurarte que te perdono el tuyo..... Lo único que te permito es que gastes el menos metal posible.

Como pormenores, te diré algunas cosillas así á la ligera para que tengas antecedentes que te ilustren acerca de la respetable familia en cuyo seno voy á ingresar, no se si para ser feliz ó desgraciado, pero esto hijo mío solo el tiempo podrá decidirlo.

Tengo un suegro que se chifla por el ajedrez, y es de los que tiran el tablero á la cabeza del contrincante cuando le zampan alguna pieza de grueso calibre. Tendremos grandes bromas á medida que yo vaya teniendo confianza, porque ya sabes que mi prurito fué siempre hacer rabiarse á estos energúmenos que se pican en su amor propio por un quitame allá esas pajas.

Mi suegra, es todavía una jamona de buena sustancia..... Hombre, apropósito; tu que estás en la tierra de los jamones, porque yó se que en Galicia los hay buenos, puedes remitirme unos cuantos, y ese será el regalo de boda..... Mientras me duren, me acordaré de ti todos los días á la hora de los garbanzos.

Muchas mas cosas te diria, pero por lo mismo que te conozco y se que eres curiosillo quiero mortificarte un poco y me reservo el derecho de ir gradualmente poniendote al corriente de todas las novedades que aun no conoces; ademas debo advertirte que Julia me está esperando, y no es cosa de dejarla con un palmo de narices mientras yo pierdo el tiempo escribiéndote estos *garrapatos*, que después de todo, han de servir para que te burles una vez mas de este pobre manco, de este *ovillo sin atadero* como tu dices, pero que apesar de todos los pesares te quiere remuchisimo.

Salud y felicidades, y hasta dentro de unos cuantos días que te participe mi efectuado enlace.....

Recibe un abrazo muy apretado de tu verdadero amigo y ex-camarada.

Carlos.

Postdata: Don Rufo, aquel Domine que nos enseñaba la his-

toria sagrada á fuerza de estacazos, ha muerto ayer, segun dicen de una indigestión de aquellas que en él eran tan proverbiales, te aseguro que lo sentí, porque aparte de los malos ratos que nos hizo pasar en otro tiempo, era un buen hombre ¿Te acuerdas cuando le atábamos un cordel en la enorme borla de su gorra de seda y de un tirón le hacíamos exhibir su magnífica luna llena?... ¡Pobre Don Rufo!....»

. . . . .

Creo que los que hayan tenido la paciencia de leerme, habrán dado sin esforzarse mucho en el *quid* de la cuestión, y que por lo tanto, juzgo innecesarias muchas esplicaciones para que lleguemos al término de la verdad.

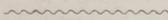
La existencia de Carlos y de Julia, es perfectamente real.

Lo absurdo, es la muerte de mi amigo su desesperada historia y... ¡vamos!... ¡pues no me empeñaba en convertirlo en inclusero!... ¡Pobre Carlos!.... ¡No se se ha de reir poco cuando sepa los disparates que he soñado!...

En efecto: recordando tiempos que ya no volverán me acosté antes de que mis párpados se cerraran bajo la influencia del sueño recorrí con la imaginación lugares y sucesos mas ó menos ligados con diferentes episodios de mi vida, y tal batiburillo, tal mezcolanza debió formarse allá en los rinconcillos del pensamiento, que al cerrarse mis ojos, se presentaron todas esas figuras deformes, todas esas visiones que tan mal rato me hicieron pasar. Por eso, yó, á trueque de que á mis lectores les suceda otro tanto, he querido trasladar al papel las impresiones tal y coma se desarrollaron durante mi sueño. Despues de todo, si no es de su agrado, lo sentiré por ellos, y procuraré para otra ocasión soñar con mejor sombra; y en último caso, si á tal llega el aburrimiento de los que han tenido la paciencia de leer estas líneas sin orden ni concierto, háganse cuenta que á su vez han soñado, porque llevando las cosas al último extremo podría probarles que yo conozco quien de veinticuatro horas que tiene el día, sueña veintitres entre dormido y despierto, y solo los sesenta minutos restantes, pertenecen á una realidad que muchas veces es tan amarga como un deseo sin esperanzas de

satisfacerse, y tan oscura como la tinta con que escribo estos desaliñados renglones, que dicho entre paréntesis es de un negro irreprochable.

Jacobo San Martín.



## ROMANCIERO ALABES.

POR RICARDO BECERRO DE BENGUA, CRONISTA DE VITORIA,  
UN VOLÚMEN EN 8.º DE 408 PÁGINAS. VITORIA, 1885.

---

Que la vida literaria tiene sus amarguras, es incontestable, y que ha tenido sus mártires saben todos los que se hallan algo familiarizados con la historia de la literatura. Noble y bella y excelsa es la república de las letras; pero sus sendas no son suaves y floridas. Con frecuencia son ásperas y pendientes, y si en ellas crecen algunas flores, tienen estas que luchar por la existencia con las ásperas y traidoras ortigas. Principalmente en nuestra sociedad positivista, en nuestro pueblo dado al lucro, á los goces materiales y á las espeluznantes emociones del circo, tiene que ser malísima la vida literaria. Aquí, el que sudoroso y jadeante sube la empinada cuesta del Parnaso, no oye palabras que le animen, como en naciones más adelantadas y más felices en las que con razón se considera la profesión de escritor como un sacerdocio, y como la más noble, más elevada y honrosa de las profesiones. Aquí, el desgraciado que sube la cuesta oirá en cambio no pocas pullas más ó menos groseras, y recibirá tal vez algún empellón más ó menos fuerte. Y es que en esta bendita tierra de garbanzos, banderillas y peteneras, se tiene por cosa baladí el escribir para el público, y no se para mientes en los perseverantes y titánicos esfuerzos que es preciso hacer para conquistar un nombre honroso en el mundo literario. Cierito es que los que desprecian las letras y los literatos son los hombres de pequeña inteligencia y de

corazón más pequeño todavía; pero desgraciadamente estos hombres abundan mucho más que los de corazón generoso y cerebro bien conformado.

Tiene, pues, grandes amarguras la vida literaria, principalmente en un país como el nuestro, y no quiero detenerme en pintar amarguras por no entristecer demasiado á los lectores, cuando aún no ha llegado el triste tiempo de la Cuaresma. Por otra parte la vida literaria tiene también particulares encantos, íntimas satisfacciones desconocidas á los que no tienen la manía de emborronar cuartillas. Uno de los encantos de esta penosa profesión, y no el menor, es la facilidad con que el que la ejerce hace sus amigos de todos sus colegas, así escriban en castellano ó en ruso, así tengan su domicilio en Madrid, en Nueva-York ó en Bombay. Porque lo que se ha dicho de la mala voluntad que se tienen los escritores y de la envidia que les domina, es una solemne mentira. Yo aseguro que mis mejores, y más leales, y más queridos amigos son mis hermanos de letras. Y esto no quiere decir que la envidia sea desconocida en la república literaria. Para decirlo sería preciso haber olvidado desazones y desengaños inolvidables. Lo que yo niego es que los escritores se aborrezcan en general como por muchos se asegura. En cuanto á mí, quiero entrañablemente á mis compañeros, y me parece que mis compañeros me quieren también. La correspondencia que en diversos idiomas mantengo constantemente con mis queridos colegas de las cinco partes del mundo es uno de mis mayores placeres, y uno de mis mayores consuelos en medio de los punzantes sufrimientos de la vida.

Y si las cartas de mis queridos hermanos de letras me deleitan tanto, mi gozo es verdaderamente inefable cuando me honran enviándome sus obras, lo que sucede con no escasa frecuencia. Por eso experimenté un placer muy vivo cuando, con una cariñosa y honrosísima dedicatoria, recibí el *Romancero Alabés* de Becerro de Bengoa el último día del finado año de gracia ó mejor dicho de *desgracia*, de 1885.

¡Año terrible, de horrores verdaderamente apocalípticos; de angustias y zozobras sin cuento! Jamás podré olvidarlo, pues en él me ha robado la muerte uno de los seres que más he querido, que más he adorado. Con todo, el año, al despedirse fué amable conmigo, y para consolarme me envió el hermoso libro de mi excelente y queridísimo amigo el distinguido Cronista de Vitoria. ¡Descanse, pues, en paz el año de 1885, que si se ha conducido como un bárbaro sin entrañas, ha sabido por lo menos despedirse finamente, como un cortés caballero!

Hablando del Sr. Becerro de Bengoa no se puede menos de hacer notar su actividad pasmosa, su fecundidad envidiable.

Sin desatender su cátedra de Física y Química ni las tareas del Ateneo palentino, que dignamente preside, ha encontrado tiempo para publicar ya muy cerca de treinta volúmenes entre libros y folletos, además de los innu-

merables artículos de todas clases con que continuamente favorece á la prensa política, literaria y científica de Madrid y provincias. Es tal vez el Sr. Becerro de Bengoa el escritor varcongado que más trabaja, y yo me complazco en hacerlo constar aquí.

Lo que primero se nota al abrir el *Romancero Alabés* es que lo adornan lindos dibujos del autor de la obra, que si es escritor eximio, no es ciertamente un dibujante vulgar. ¡Cuánto le envidio ese talento yo que con el lápiz solo sé hacer mamarrachos! El primer día que asistí á clase de dibujo parece que dibujé una oreja de un modo tan notable, que encantado el profesor me colmó de elogios y me premió disponiendo que aquel día se me diera doble postre en el colegio, pero desgraciadamente ese fué mi primer y último triunfo en tan hermoso como difícil arte.

Mas, por muy interesante que esto sea, no se trata ahora de esto, sino del *Romancero Alabés*. En este hermoso volúmen se narran, con encantadora sencillez que no excluye á la elevación y á la elocuencia, todos los hechos notables que acerca de la noble tierra de Alaba nos han legado la historia y la tradición. El libro merece, pues, un puesto, y un puesto de honor, en la biblioteca y en el corazón de todo vasco-navarro amante de su país. Es además un libro que deben envidiar á la provincia de Alaba todas las demas provincias de España, exceptuada la de Nabarra, que tiene ya su soberbio *Romancero* de Olóriz. Y si en cada provincia hubiese, que no hay, un hombre tan inteligente, tan ilustrado, tan laborioso y tan amante de su país como el Sr. Becerro de Bengoa, se le debía encargar que en la misma forma en que este lo ha hecho escribiera la historia de su provincia respectiva. Los 49 tomos que de ese modo se obtendrían formarían una preciosa y originalísima historia de España, en la que se encontraría lo que no es posible pedir á una Historia general; esto es, curiosos pormenores, color y perfume local, y un encanto peculiarísimo. Pero esto es un sueño,

y los sueños, sueños son

que dijo un insigne poeta castellano.

Volvamos, pues, á la realidad, y veamos lo que el ya ilustre hijo de la calle Chiquita de Vitoria nos dá en su nuevo libro.

En el primer romance se habla de las emigraciones de los pueblos en las edades primitivas y en el segundo se trata de la antigua *Euskalerría*. Y en verdad que las etimologías que el Sr. Becerro dá de los nombres de las cuatro provincias hermanas son los mejores, menos fantásticas, y por consiguiente mas aceptables que hasta ahora he visto.

Viene despues el bello cuadro de las incursiones de las celtas en la gran llanada de Alaba, y el tratado en paz de aquel pueblo guerrero con el nuestro mas pacífico pero no menos valiente. En esta parte del libro me ha llamado la atención el discurso que el gran sacerdote druida Baudo dirige en nom-

bre de su jefe Netón al anciano jefe euskaro, discurso que termina con estos versos.

Netón, su lanza de bronce,  
en oro egipcio embutida,  
entrega á Aitona, cua! prenda  
de eterna amistad bendita.

La porfiada y titánica lucha entre euskaros y romanos es el asunto de los cuatro romances siguientes, y en los titulados *Los Moros*, *Alonso II*, *Alonso el Magno* y *Celorigo*, se muestra como mientras los árabes imperaron en la Península hallaban seguro refugio en la noble tierra de Alaba los principes y los grandes cristianos.

Uno de los mas bellos romances de la colección es el que el autor dedica á la famosa *Cofradía de Arriaga*; y sigue, en tres romances, la triste historia de *Los Belas*. Viene luego la bella historia genealógica de la *Varona*, que me ha agradado mucho, por lo bien narrada, á pesar de ser muy poco afecto á las patrañas de los reyes de armas.

Aquella *D.<sup>a</sup> Urraca* cuya leyenda sirvió al inolvidable Manteli para escribir su preciosa novela *La Dama de Amboto*, ha inspirado al Sr. Becerro de Bengoa dos romances interesantísimos, despues de los cuales viene el titulado *Estibaliz*, romance en el que admira entre otras cosas la notable describeion de aquel hermoso templo románico.

Consagrados principalmente á la insigne capital de Alaba están los cinco romances *Gazteiz*, *Abendaño*, *La carta al Zadorra*, *Armentia* y *Bacza*. En el tercero de estos romances se vé lo poco que á veces valen las palabras de los reyes. Alonso el octavo dijo á los vitorianos:

Los fueros que el rey nabarro  
dió á su villa predilecta,  
y que yo acepto y y amplio  
para total dicha vuestra  
durarán, mientras las aguas  
del Zadorra á la ribera  
del Ebro corran: mi reino  
responde de esta promesa.

Pero el Zadorra no ha cambiado de curso, y ¿dónde están las libertades de Vitoria ¡y las libertades alabesas? Por eso el autor, que no fía en regias promesas, dice

¡Ojalá las libertades  
eternamente vivieran!

Y no tengo necesidad de añadir que yo repito lo mismo con toda mi alma.

En el anteúltimo de los cinco romances citados admirará el lector la bellísima descripción de la insigne basílica de Armentia, debida al arte románico,

que agonizaba, y al naciente estilo ojival, que debía producir tantas maravillas en aquel mismo siglo. No vacilaría en poner aquí descripción tan magistral si no temiera que luego me faltase espacio para decir, aunque solo sea á vuela pluma, cuál es el asunto de los romances que restan, que aún son muchos.

A los terribles bandos de Oñez y Gamboa dedica seis romances el incansable Cronista de Vitoria, y despues de esos bellos romances vienen los que dedica á la reina doña María de Molina, *la Grande*, que es sin duda una de las mas bellas figuras de nuestra historia.

No hay en la historia de Alaba suceso mas memorable que *El pacto de Arriaga*, y por eso el autor le dedica cuatro notables romances, en el último de los cuales refiere la creación en Vitoria, por Alfonso el XI, de la insigne orden de *la Banda*.

La batalla del Salado, el cerco de Algeciras y la batalla de Nájera, en que tan alto pusieron sus hijos el renombre de Alaba, han dado origen á algunas de las más bellas páginas de este notable *Romancero*, y lo mismo se puede decir de los altos hechos de los Ayalas y Mendozas, tan famosos en la tierra bascongada como fuera de ella.

Las discordias entre los señores y los pueblos, y entre los señores y los reyes, las guerras de las Comunidades, el insigne libertador de Filipinas, los reyes Católicos, el famoso Judimendi, los hijos ilustres de Alaba, la benemérita *Sociedad bascongada*, Trafalgar y *la francesada*, son el asunto de numerosos romances, todos muy bellos.

El romance titulado *Las Juntas* es el último, y vá seguido de una *Nota general*, muy bien escrita, y en la que el autor ha reunido muchas y muy interesantes noticias.

Pero aunque apenas queda ya espacio disponible, fuerza es decir algo del último citado romance. Confieso mi debilidad, y no me avergüenzo de ella. Con los ojos llenos de lágrimas he leído la admirable pintura de aquella maravillosa y querida organización secular que la envidia y la ignorancia nos han arrebatado.

¿Se abrirán de nuevo las puertas del templo de nuestras leyes? ¡Quiéralo Dios! De ninguna manera puede terminar mejor estos mal pergeñados apuntes, que copiando aquí los bellos versos con que mi queridísimo amigo el Sr. Becerro de Bengoa termina su libro, versos en los que el distinguido cronista de Vitoria se refiere á las puertas del palacio foral de Alaba:

Dios querrá que aquellas puertas  
que tantas veces se abrieron  
para cumplir nuestras leyes,  
muy pronto se abran de nuevo,  
y que Alaba resucite,

y que sus hijos gocemos  
de las viejas libertades  
que si un día á toda España  
se estendieran, cual queremos,  
la nación sufrida y pobre  
trocaría en un gran pueblo.

Lo mismo dicen, y han dicho siempre todos los buenos bascongados, aunque naturalmente no podían decirlo tan bién como mi distinguido y amadísimoo compañero Ricardo Becerro de Bengoa.

Vicente de Arana.

## RECTIFICACION Á OTRA RECTIFICACION.

---

Cinco páginas del último número de la REVISTA DE VIZCAYA, emplea e conocido ingeniero Sr. Alzola para intentar deshacer un error que pretende cometí en el 1.<sup>er</sup> capítulo de COSAS DE ANTAÑO, al imputar al Ayuntamiento de 1878 el acuerdo del derribo del Puente Viejo de S. Antonio de esta villa. Y como si no bastase tal cúmulo de letras traídas de aquí para allá y sin mas concierto que el de denunciarme á mis convecinos y á aquél ayuntamiento, trata, con una autoridad á que ningun derecho tiene, de fantaseadora á mi imaginacion y de inconsecuente á mi espíritu, comprendiéndome además en el número de los soñadores y de los contados apolojistas del Puente de S. Antonio.

Refiere además el Sr. Alzola, haciendo ya personal esta cuestion, la historia de la construccion del Puente de Achuri, en la que tomó no poca parte, de unas cimbras que no hay mortal que sepa lo que con ellas quiere decir, de los muelles de la orilla izquierda, de la formacion del presupuesto municipal de 1878 y de que no se utilizaron las cimbras precitadas, con todo lo cual, y algo más, viene á acusarme de que habiéndome llevado la eleccion popular en 1879 al seno del municipio, y doliéndome como ahora me duelo del derribo del ya citado Puente, no me hubiese opuesto entonces á este acto, ni formulado un voto particular, ni siquiera defendido la conservacion de los monumentos artísticos de los siglos pasados, sino que por el contrario, y aunque parezca extraño, aprobé los presupuestos municipales de 1879-1880 en sesion del ayuntamiento de 7 de abril y en la de 10 de mayo de la Junta Municipal.

Se necesita toda la frescura del Sr. Alzola para sentar estos hechos, y para echarme en cara que, por no haber coleccionado préviamente lo que llama datos concernientes á la gestion administrativa de la villa, que él sabrá lo que esto significa, dije que en 1878 se acordó aquel derribo; cuando él, saltando por cima de todas las *coleccionaciones* habidas y por haber y de los respetos que se merecen siempre los hombres pacíficos y honrados, se permite asegurar lo que es completamente incierto, segun lo verá por el siguiente documento oficial que someto principalmente al justo criterio y á la imparcialidad de quien me lea.

### SESION DEL 13 DE NOVIEMBRE DE 1879.

Se dió cuenta del siguiente informe:

«Excmo. Sr.:—La Comision de Fomento á cuyo informe pasó V. E. por acuerdo tomado el 16 del presente mes de Octubre la propuesta de don Pedro de Artajo para el derribo del Puente Viejo de S. Anton y construccion de la 3.<sup>a</sup> seccion de muelles, despues de enterada minuciosamente del citado escrito, tiene el honor de manifestar á V. E. que la obra de

que se trata es de gran importancia no solamente bajo el punto de vista del embellecimiento de la poblacion, sino tambien de suma utilidad, por cuya razon opina que habiendo cantidad consignada en los presupuestos del actual ejercicio, debe sacarse á licitacion el derribo del citado Puente y la construccion de los dos primeros hectómetros de la 3.<sup>a</sup> seccion de muelles, no en la forma que lo solicita el Sr. Artajo, sino á pública subasta y en condiciones ordinarias.—Al efecto, y como quiera que han trascurrido diez y seis meses desde que se formularon los presupuestos para la realizacion de esta obra, la Comision creyó conveniente oír el parecer del Ingeniero Sr. Hoffmeyer, autor del proyecto, respecto á si habia fundamento alguno para la modificacion de los precios de las unidades de obra.—Dicho Sr. manifiesta en un razonado informe, que la Comision lo hace suyo, que la generalidad de los precios son los corrientes excepcion hecha del terraplen y de la mampostería concertada para paramentos, los que á su juicio deben elevarse á una peseta y setenta y cinco céntimos, y diez á nueve pesetas respectivamente el metro cúbico, cuya variacion aumenta el presupuesto general de la obra de que se trata en 9.741,74 pesetas segun puede comprobarlo V. E. en el cuadro adjunto.—Es cuanto la Comision tiene el honor de informar para que pueda V. E. resolver como siempre lo que juzgue mas acertado.—Casas Consistoriales á 12 de Noviembre de 1879.—Laureano G. Santa María.—E. de Arriaga.—G. Lequina.—J. Arámburu.—Antonio de Iraolagoitia.»

“Concluida su lectura, y antes de entrar en su discusion, pidió la palabra el Sr. Delmas (D. Juan) y dijo que tenia que hacer en este asunto una manifestacion especial, á que le obligaban sus convicciones y sentimientos. Declaró en efecto que si bien no iba á decretarse ahora el derribo del Puente de S. Anton, sino que desgraciadamente su demolicion venia acordada por ayuntamientos anteriores, él no podia ver sin honda pena acuerdo semejante y que aun cuando solo fuera con el carácter de manifestacion individual, se oponia á la realizacion del hecho, por creerlo atentatorio á la significacion histórica y arqueológica del monumento que se quiere hacer desaparecer.,”

Ahora bien: ¿Con qué razon se ha permitido el Sr. Alzola negar mi paso por el municipio sin que me hubiese opuesto al acto del derribo, ni formulado voto particular, ni siquiera defendido la conservacion de los monumentos artísticos de los siglos pasados? ¿Como habia yo despues de esta solemne declaracion, hecha en 13 de noviembre de 1879, dejar de aprobar los presupuestos generales venidos al exámen del municipio siete meses despues? ¿Como habia yo de pedir la segregacion de la cantidad que correspondia al derribo del Puente, si ésta estaba unida y formando un solo cuerpo con la principal é importante destinada á la construccion de los muelles de la orilla izquierda del rio, obra indispensable y que terminada ya ha merecido el mas unánime aplauso? Y sobre todo, ¿qué resultado hubiese obtenido de una discusion á este objeto encaminada, si habia de ser ociosa, porque el derribo del Puente venia acordado por ayuntamientos anteriores figurando mas principalmente el presidido por el Sr. Alzola?

Declaré, y declaré solemnemente, contra todos esos acuerdos y contra el informe de la Comision de Fomento que en aquel momento se leyó, apresurándome á oponerme con todas mis convicciones y sentimientos á la realizacion del hecho por creerlo atentatorio á la significacion histórica y arqueológica del monumento que se queria destruir; y si me hubiese

hallado dos años despues y cuando se comenzaba la demolicion del Puente ocupando el sitio que me habia pertenecido, de nuevo hubiese protestado contra lo que siempre he creido un acto impropio de una ilustrada autoridad que debia respetar la tradicion y conservar el segundo grandioso monumento público heredado de la antigüedad.

Por consiguiente, y segun lo acabo de demostrar, todo cuanto el Sr. Alzola ha escrito con tanta lijereza sobre este punto, es tan gratuito, como desnudo de fundamento.

No quiero ocuparme de aquel notable párrafo en que con tanta elocuencia refiere «que han intervenido en favor de la desaparicion del Puente tantas ilustraciones, tantos catedráticos y directores de los Institutos de enseñanza mas importantes de Bizcaya, tantos ingenieros y ex-oficiales de la armada etc.» por que no gusto ocuparme de cosas que parece que se escriben para la Australia. Aqui en Bilbao, donde todos nos conocemos, y donde cuantas personas son honradas con los cargos municipales merecen la mayor consideracion y respeto, exajeraciones de esta índole producen hasta en ellas mismas efectos contrarios á los que se proponen sus autores.

Tampoco son de tomarse en sério las pueriles consideraciones que ahora alega el Sr. Alzola sobre el mal estado en que se hallaba el Puente. Estos pretextos, traídos en ocasiones como esta, participan del vicio de una triste necesidad, mayormente cuando no se tienen en olvido otras palabras dichas por el Sr. Alzola en uno de sus discursos, inserto como otros muchos suyos, en aquel célebre volúmen de 300 páginas en folio, *Coleccion de Informes y Documentos del Ayuntamiento de Bilbao de 1877-1878*, que el presidió, y dado á la estampa, por cierto sin que ninguno de sus sucesores le imitase, en 1880. Ni siquiera intento ocuparme de aquel otro bravo y sutil recurso á que apela para cohonestar la no elaboracion en bulto del histórico Puente de S. Antonio, porque le remitiré á una ilustradísima mocion presentada por el concejal D. Emiliano de Arriaga con fecha de 20 de marzo de 1878, que fué tomada en consideracion y aprobada, presidiendo la sesion el mismo Sr. Alzola; pero lo que si haré, porque es digno de conservarse en la memoria, es llamar la atencion sobre su peregrina ocurrencia de sustituir, en el escudo de las armas de la villa, al tradicional dibujo del Puente Viejo, «*el más correcto, de disposicion mas científica y de construccion mas esmerada,*» (son sus palabras) del inaugurado en 1877; con lo que, y el denominar al Puente de Isunza de Lequeitio, *Puente de Isumpsa*, y el calificarle de *antiguo*, como equiparándole en años al de Bilbao, cuando se construyó en 1774 por el ingeniero de los reales ejércitos D. José Santos Calderon, queda formado el más florido ramillete de los conocimientos heráldicos, cronológicos é históricos que posee el autor de UNA RECTIFICACION.

JUAN E. DELMAS.

Aunque esta clase de polémicas no se avienen á la índole de esta publicacion, como en ella fui atacado personalmente, he pedido un lugar para la defensa, que se me ha concedido. Por lo tanto y si mi antagonista gusta seguir discutiendo sobre esta ú otra materia referente á la historia de Bizcaya, tome por palenque uno de los ilustrados periódicos locales, y siempre, y con el consentimiento de sus directores, me hallará dispuesto á aceptar el reto, y á defenderme.

---

Director: Octavio Lois.

## CERTAMEN DE LA ACADEMIA MONT-REAL DE TOULOUSE.--1886.

He aquí el resultado de este concurso internacional, en lo que se refiere á España y en particular á varios distinguidos colaboradores de la REVISTA, así como á su Director.

*Tercera sección.*—Tema:—Elogio de *Antonio de Trueba* (27 manuscritos presentados.)

Palma de oro: *D. Octavio Lois Amado* (Bilbao.)

Menciones honoríficas las Sres. N. Diaz de Escobar (Málaga), D. M. Polo y Peyrolon (Valencia), D. Faustino Sancho de Gil (Zaragoza), D. José María de Lizana (Bilbao).

En la sección de Poesía—asunto libre—obtuvo primer premio, D.<sup>a</sup> Josefa Estevez de G. del Canto (Salamanca); el segundo, D. Juan Morlesin y Soto (Madrid), concediéndose además 12 menciones honoríficas. En la sección cuyo tema era: *Novela asunto libre*, obtuvo el primero D. Luis Ricardo Fors (Barcelona), el segundo D. R. Alvarez de la Braña (Leon) y el tercero (palma de bronce) D. Rodolfo del Castillo (Córdoba) otorgándose además diez menciones honoríficas.

EL

# SUSPIRO DEL MORO.

LEYENDAS, TRADICIONES, HISTORIAS

REFERENTES A LA CONQUISTA DE GRANADA

POR

EMILIO CASTELAR.



Esta obra consta de dos tomos en 8.º mayor, de más de 400 páginas cada uno, elegantemente impreso en papel satinado, siendo su precio el de cinco pesetas en Madrid y seis en provincias cada tomo.

Los pedidos se harán directamente á la Administración de las obras del Sr. Castelar, calle de Serrano, núm. 40, 3.º, acompañando el importe en libranzas del giro ordinario ó letra de fácil cobro.

# LA REVISTA DE VIZCAYA.

Verá la luz los días 1 y 16 de cada mes en cuadernos de 36 páginas de lectura ó más cuando lo requieran las circunstancias.

## PRECIOS.

| EN TODA ESPAÑA            | ULTRAMAR Y EXTRANJERO     |
|---------------------------|---------------------------|
| Tres meses..... 5 pesetas | Tres meses..... 7 pesetas |
| Un año..... 17 "          | Un año..... 24 "          |

Número suelto, una peseta.

## PUNTOS DE VENTA EN BILBAO.

Imprenta y Librería de Cipriano Lucena: Carrera de Santiago, 4. — Librería de D. Juan E. Delmas: Correo, 24. — Librería de Emperale: Cruz, 5.

## FARMACIA Y LABORATORIO DE MARQUINA.

Antigua del Dr. Celada.

ELABORA esta casa en grande escala toda clase de productos farmacéuticos. VENTA por mayor de drogas simples, productos químicos, y accesorios de farmacia. CENTRO general de específicos y aguas minero-medicinales de todas clases y países. SELECTO y variado surtido, de bragueros, geringas, lavativas, saca-leches, báberones, y pulverizadores, en *metal, cristal, goma*, y de cuantas formas y sistemas se conocen. Sondas diversas, termómetros clínicos, especulums, estetóscopos, gerias guillas-Pravatz, y cuantos objetos constituyen el ramo de ortopedia.

Son de grande aceptación por sus resultados y necesarios en la presente estación de cal y hierro, para usodelos niños y toda persona débil, que lo toman sin repugnancia y es el mas poderoso *reconstituyente, antirraquítico, antiescrofuloso y nutritivo* que se conoce.

Jarabe balsámico pectoral y pastillas de Marquina.

Para la curación de *Resfriados, tos, catarros, opresiones de pecho, accesos asmáticos, fatiga y coqueluche* de los niños.

*Cosmético contra grietas.*

Se curan radicalmente las de los *pechos ó pezones* y todas las que se producen en la piel labios nariz etc. que embellece y hermosa de un modo admirable.

EN BILBAO ARTECALLE NÚM. 47.